



## Movimientos sociales, desarrollo y emancipación para el “buen vivir” en el “bien común”

Por Isabel Rauber  
Profesora de la Universidad Nacional de Lanús, Argentina.

**E**l enunciado que encabeza este texto advierte la irrupción de una dimensión poco explorada hasta ahora en el quehacer político y anuncia la apertura de un ámbito tormentoso en el pensamiento y las agendas prácticas de las llamadas “nuevas izquierdas” del continente, comprendiendo en ellas a los gobiernos progresistas, populares y revolucionarios. ¿Por qué “tormentoso”? Pues porque aunque hay gobiernos –como los de Bolivia y Ecuador– que sostienen las posiciones del Buen Vivir o el Vivir Bien, avanzando principios constitutivos de un nuevo modelo civilizatorio centrado en la defensa integral de la vida, afianzando una interrelación biunívoca entre el modo de producción y reproducción de la vida social y de la naturaleza, la mayoría –incluso ellos– sostienen o impulsan, a la vez, proyectos productivo-reproductivos que –en lo fundamental– no escapan aun a los parámetros de la “vieja economía” regida por la lógica del capital.

Habiendo emergido de las luchas sociales antineoliberales, tales gobiernos tienen una vocación clara post y antineoliberal en la concepción y relación Estado-sociedad-economía, recuperando al Estado para la promoción de políticas sociales inclusivas, para la lucha contra la pobreza, para el acceso a los servicios públicos de las mayorías populares y la defensa de los derechos sociales. “Recuperar” es, en este sentido, necesario pero no es suficiente; el desafío socio-transformador no se resuelve mejorando la gestión de lo público y desplegando políticas públicas con una marcada impronta social, pero hacerlo

constituye un paso importantísimo luego del descalabro social neoliberal. La traba se instala cuando estas políticas en vez de “piso” se transforman en horizonte y se deja de lado o se subestima la importancia de articular las acciones coyunturales con procesos que apunten a la transformación raizal del Estado, entre ellos, uno central: abrir la definición de las políticas públicas y gestión de lo público a la participación de los movimientos sociales, actores-sujetos del cambio y a la ciudadanía en general.

La vocación altermundista de estos gobiernos se expresa tal vez más nítidamente en la proclamación de que otra economía es necesaria y posible.<sup>1</sup> En tal sentido, es notable destacar que en menos de una década de existencia gobiernos como los de Bolivia y Ecuador han modificado raizalmente sus constituciones, erradicando la hegemónica cosmovisión mercantil de la naturaleza (objeto proveedor de materias primas), reconociendo a la madre tierra como fuente primera de vida y, en tanto tal, sujeto en la historia (Ecuador). Esta definición constituye uno de los grandes pilares removedores de la civilización creada por el capital, y es promotora de búsquedas de nuevos modos de producción y reproducción encaminados a crear y sustentar un modo de vida que abra las puertas a un nuevo modelo civilizatorio, que tenga a la vida en el centro generador, articulador e integrador de las interrelaciones humanas en armonía con la naturaleza.

Ciertamente, en este aspecto se ha avanzado más en lo discursivo –estimulando la comprensión integral

de su necesidad y alcances-, que en las capacidades productivas alternativas. Ello constituye un logro a no desestimar, pero es importante llamar la atención sobre este aspecto porque sería una limitante estratégica considerar que basta con optimizar la gestión del Estado, con reposicionarlo en la propiedad de los recursos naturales y hacer de sus beneficios materiales la base del sostén de políticas públicas socialmente adecuadas, para resolver el tema histórico de la soberanía y el tránsito hacia el nuevo mundo.

En el actual sistema mundo regido por la hegemonía global del capital, no hay posibilidades de ser soberanos si no se rompe con el dominio de la lógica y las exigencias del mercado. Este no es multipolar ni democrático, sino el primer tirano del mundo que siembra permanentemente la muerte en función de alcanzar sus intereses. La muerte, y no la vida, es lo que a él se vincula y con él se propaga. Por ello, aunque no lo argumentaré aquí, la posibilidad de soberanía - antagónica con el imperio global del mercado-, es solo posible si va aparejada con la construcción de otro mundo, que es, otra economía, otra sociedad, otro modo de vida y otra concepción de la vida y la organización para la vida en la mancomunidad sociedad-naturaleza.

Indudablemente, en nuestro continente, se han dado algunos pasos concretos encaminados en esta dirección. Por ejemplo, en la reconceptualización del alcance y la significación de “lo nacional” con la clara conciencia de que no hay ni habrá independencia y soberanía nacionales si esto no es parte simultánea del proceso de construcción de la patria grande, integrada, articulada.

Hoy se vive una convergencia histórica de gobiernos con marcada vocación integradora continental. En virtud de ello se han venido dando pasos concretos hacia la integración regional y continental, paso inicial inexcusable para poder pensar, diseñar y desarrollar, en primer lugar, proyectos económicos regionales y continentales, en segundo lugar, para explorar y ensayar proyectos económicos alternativos, orientados a la transformación raizal de nuestras sociedades, también en el ámbito regional-continental. Esta voluntad se ha plasmado, aunque con marcadas diferencias entre la diversidad de actores gubernamentales participantes-, en la creación de UNASUR y CELAC y, particularmente, en la propuesta del ALBA, sustrato y camino hacia otra integración, basada en principios de solidaridad y en patrones de intercambio que busquen el equilibrio entre todas las partes en aras de poner elementos de justicia en medio de las desigualdades. Estas instancias buscan construir herramientas autónomas frente a la hegemonía regional de EEUU y organizaciones dependientes como la OEA en temas referentes a

derechos humanos, libertad de expresión, y también respecto de los tratados de “libre comercio”, aunque la llamada “Alianza del Pacífico” emerge como cuña que busca quebrar la unidad y reeditar el ALCA.

Vale recordar y destacar que han sido los movimientos sociales, sus resistencias y sus luchas, socializadas bajo la tracción articuladora del Foro Social Mundial, quienes han impulsado universalmente la toma de conciencia de que hay otro mundo posible, y que avanzar hacia su realidad supone la creación-construcción de otro metabolismo social, anclado en un modo de producción promotor de la reproducción de la vida en la sociedad y la naturaleza y habilitador de la solidaridad encaminada a un socialismo para el Buen Vivir sólidamente afianzado en el Bien Común de la humanidad. En virtud de ello, algunos apuran definiciones estratégicas de lo alternativo, como ecosocialismo, biopolítica, etc.

Para que esa afirmación se convierta en un programa de acción para los nuevos movimientos sociales y los gobiernos de nuestro continente, se requiere que esos actores converjan en el diagnóstico y en las prácticas sociopolíticas de transformación, buscando y apostando -de conjunto- a crear esa otra economía, desarrollada en código vida, superadora de la que rige actualmente. Esto supone abrir espacios en debate y para el debate, pues no hay modelos de otra economía listos para ser “aplicados”. Se configuran entonces nuevas dimensiones de conflictos. ¿Por qué? Pues porque estos debates y búsquedas tienen lugar en coexistencia con el modelo extractivista, como los programas de inserción y estimulación del consumo, y políticas públicas que apuestan a la redistribución de las rentas o regalías, claramente orientados a una perspectiva política de corto plazo, por sobre transformaciones estructurales de mediano y largo plazo. Esta es una de las contradicciones que caracteriza el actual estadio de lo que puede llegar a constituir un camino de transición hacia lo nuevo. El tema está en reconocerlas y atreverse a caminar con ellas y a través de ellas.

Salir de las garras de la muerte y buscar alternativas para la vida no será obra de un día ni de pequeños grupos, ni de Estados aislados de sus pueblos; reclama articular los programas y proyectos alternativos con la construcción de la conciencia, voluntad y organización colectivas para la participación de los sujetos en la definición-acción del destino de sus vidas, articulando en su quehacer protagónico del presente la perspectiva de futuro que se busca, perspectiva que se sabe cambiante histórica y generacionalmente.



## Una concepción diferente acerca del desarrollo, el progreso y el bienestar

El modelo de desarrollo basado en el molde consumista-destructivo del capital, acompañado de las guerras de dominación resulta claramente incompatible con la sobrevivencia de la humanidad. El capitalismo globalizado, expresión máxima de esta civilización occidental capitalista, hace aguas. Sin embargo, la constatación de esta realidad no implica su superación. El desafío consiste, en este sentido, en buscar alternativas de desarrollo basadas en una nueva concepción del mundo que reunifique, en primer lugar, la relación humanidad-naturaleza.

El socialismo del siglo XX dio por sentado que el tránsito al socialismo implicaba recorrer el camino al desarrollo truncado o deformado por el capitalismo. Con el afianzamiento de la revolución socialista de octubre, las nuevas revoluciones se propusieron -contando con el apoyo de la URSS y demás países socialistas “desarrollados”-, “acortar” el tiempo de construcción de las entonces consideradas “bases materiales” para dar el salto hacia el socialismo. Esto implicó la asimilación tácita del modelo eurocéntrico de desarrollo al socialismo y la transición (y viceversa). Los resultados adversos están hoy a la vista. Sin embargo, el peso cultural de aquellas concepciones está en gran medida vigente. A continuación algunos elementos.

En Indo-afro-latinoamérica, se pensó -y en cierta medida todavía se piensa, en la derecha como en la izquierda-, que estábamos en una especie de estadio inferior al del desarrollo europeo y que -consiguientemente, en este aspecto-, el desafío/meta consistía en alcanzar (buscar) el mismo grado de desarrollo y estatus de progreso social que los europeos. De ahí la auto-asimilación de la condición de países “atrasados”. Consiguientemente, el “desarrollo” se esperaba lograr, ya sea copiando los modelos del Norte (más exactamente, lo que desde allí decían que debía hacerse), o buscando vías para poner fin a la dependencia -con o sin la mediación del corte revolucionario-, en aras de “completar” el desarrollo de nuestros países, incluso mediante la instauración del socialismo (revolución de liberación nacional y social).

Suscribiendo estos puntos de vista, las propuestas revolucionarias del siglo XX, en su mayoría, priorizaron la cuestión económica por sobre las agendas sociales, culturales, etc., y centraron en ella el programa de transformaciones, relegando a un segundo o tercer plano la cuestión medular de toda revolución: la liberación de explotados y oprimidos,

anclada en su participación protagónica. Desde otro lugar, los defensores de la revolución por etapas (reformistas) también sostuvieron dicho esquema, aunque quizá de un modo más explícito: pretendían que primero había que “concluir el desarrollo” capitalista para luego “pasar” al socialismo.

Reformismo y revolución compartieron el mismo esquema del desarrollo y el tránsito revolucionario; ninguna de las propuestas socialistas de entonces rompió de raíz con el paradigma eurocéntrico. En el caso de Cuba, los caminos y las posiciones fueron sinuosos. Los debates iniciales del Che respecto a la economía soviética, la construcción de la nueva sociedad y de los nuevos hombres y nuevas mujeres, constituyen una clara muestra de ello. [Ver: Guevara, Ernesto, Apuntes críticos a la economía política]

Por diversos caminos, las reflexiones actuales más maduras en este tema convergen en un punto: El “desarrollo” capitalista del Norte, resulta hoy inalcanzable e indeseable como propuesta de bienestar y progreso. Es inalcanzable porque las “periferias” han sido excluidas del diseño y los planes de hegemonía del capital global actual (salvo como territorios sirvientes) y no tienen cabida en ellos. Es indeseable porque el carácter destructivo y devastador que conlleva su implementación va dejando en claro que ese “modelo” incrementará la depredación de la naturaleza, el saqueo, las guerras, la degradación ética de los seres humanos, es decir, continuará sembrando la muerte. Precisamente por ello es incapaz de promover, defender y garantizar la supervivencia humana y natural del planeta; tampoco ofrece soluciones a la pobreza, miseria, enfermedades, analfabetismo, carencia de infraestructura y exclusión crecientes de amplias capas de la población.

Estas razones, entre otras, hacen del debate del desarrollo un debate político, social, cultural y ético, además de económico, que -en nuestras tierras- se articula directamente con el debate de la pobreza y la riqueza, de la propiedad de los recursos energéticos, del acceso a los servicios, del goce de los derechos, es decir, con la democracia. Economía es sociedad, y sus definiciones y derroteros no constituyen un ámbito de debate y elaboración “reservado” a economistas. Más bien al contrario, de mantenerse en esos estrechos marcos, no habrá soluciones aptas para la vida y la libertad. Porque atender y buscar soluciones durables a esos problemas, implica articular la concepción y las propuestas de desarrollo con las experiencias de vida de las comunidades rurales y urbanas, y parir colectivamente un modo de producción que se haga cargo del modo de reproducción de la vida social y de la naturaleza.

Desarrollo, participación popular y democracia guardan -en esta concepción del mundo una relación directa biunívoca, incompatible con la esquizofrenia capitalista que contraponen economía y sociedad, sociedad y política, humanidad y naturaleza, lo público y lo privado, lo macro y lo micro. Tales planteamientos no son precisamente una novedad, pero es en el actual proceso de integración y apuesta al cambio social que se vive en el continente, traccionado por experiencias sociales que tienen lugar en países como Cuba, Venezuela, Bolivia y Ecuador, donde estos temas se han constituido en ejes concretos del accionar y del pensamiento económico, político y social.

Es por ello que el desmontaje del colonialismo neoliberal -además del histórico-, la descolonización raizal del Estado (y la sociedad) y la construcción de una nueva identidad colectiva, plural e intercultural -basada en el reconocimiento de las múltiples nacionalidades, con sus identidades, cosmovisiones, sus saberes, conocimientos y subjetividades, que conforman una sociedad, priorizando lo comunitario-, resulta una trama central a la hora de pensar cómo avanzar hacia otra economía anclada en una concepción diferente del desarrollo, el progreso y el bienestar, articulada en torno a la vida, encaminándose hacia un mundo abierto a los diversos, equitativo y justo.

#### *No hay salida dentro del capitalismo*

La realidad de destrucción y muerte que tiene lugar en el sistema mundo actual no es consecuencia de "errores" o deficiencias en la aplicación del modelo neoliberal, es la lógica del sistema metabólico social regido por la sed de ganancia desenfrenada y creciente del mercado. No escapan a ella las propuestas que pretenden superar esas "limitaciones" apostando, por ejemplo, a un prolijo "desarrollo" capitalista nacional. En este sistema-mundo bajo la hegemonía global y excluyente del capital, no hay posibilidad de construir salidas capitalistas independientes (nacionales, endógenas). El capitalismo se basa en un modo de producción y reproducción que obedece a la lógica -global- del mercado. Siendo este esencialmente depredador de la naturaleza y los seres humanos es incapaz de resolver el problema, por el contrario, solo puede agravarlo.

La posibilidad de vida radica en los pueblos, en los movimientos sociales, indígenas, de mujeres, ecologistas, etc., que cotidianamente, desde abajo, construyen alternativas. Esto significa que es importante avanzar hacia un ámbito que posibilite articulaciones para una perspectiva continental del desarrollo y la economía, fundamentada en nuevas bases económicas, sociales, culturales y éticas como sustrato de un nuevo modo de producción y reproducción. Estas se condensan y expresan hoy



concretamente en la cosmovisión que los pueblos indígenas originarios identifican como vivir bien o buen vivir.

#### **Del "bienestar" individualista al "vivir bien" o "buen vivir"**

Buen Vivir o Vivir Bien, Sumak Kawsay, Ñande Reko, son expresiones propias de Bolivia, Ecuador, Perú, Paraguay... Significan, en primer término, "Vivir bien entre nosotros". Propugnan una convivencia comunitaria con interculturalidad y sin asimetrías de poder. La expresión: "No se puede Vivir Bien si los demás viven mal", condensa lo central del planteamiento solidario: Se trata de vivir como parte de la comunidad, con protección de ella, en armonía con la naturaleza; "vivir en equilibrio con lo que nos rodea" y también, "Bien contigo y conmigo", que es diferente del 'vivir mejor' occidental: individualista, que no solo busca el bienestar (entendido ante todo como tener cosas) separado de los demás, sino a expensas de los demás y, consiguientemente, separado de la naturaleza y a expensas de ella, desnudando en ello su constitutiva lógica suicida.

La propuesta del Vivir Bien apela a la satisfacción compartida e integral de las necesidades humanas, que no reduce el bienestar a la acumulación de bienes materiales; contiene a la afectividad, el reconocimiento y el prestigio social. Se corresponde con una concepción de la sociedad que articula desarrollo, participación y democratización, en la que desarrollo y participación son consustanciales a la comprensión, los contenidos y formatos de la democracia en igualdad de importancia, es decir, sin ordenamientos jerárquicos entre estas dimensiones y sin predominios de una dimensión por sobre las otras. En virtud de ello la comunidad y lo comunitario cobran medular importancia; lo colectivo comunitario se fundamenta como sujeto con capacidad de decisión y acción, reconociendo



en la horizontalidad y el encuentro una ventaja comparativa respecto de la imposición vertical y autoritaria propia del mercado.

Lo colectivo-participativo-comunitario constituye entonces un modo de vida que, cual caudal cultural, alimenta y fortalece la utopía emancipatoria y constituye, a la vez, un soporte ético e ideológico de los procesos de búsqueda y construcción de una civilización re-humanizada, basada en un sistema social raizalmente democrático, es decir, descolonizado, intercultural, participativo, comunitario, equitativo, humanista, liberador y superador de la destructiva hegemonía económica, social, cultural e ideológica del capital. Frente a esto, los viejos paradigmas sobre civilización, desarrollo, bienestar y progresos sociales revelan hoy su irracionalidad intrínseca y resultan insostenibles, salvo como camino de suicidio colectivo.

El presente es el tiempo de perseverar en la construcción de alternativas económicas, políticas, sociales y culturales que posibiliten profundizar los cambios raizales iniciados por los movimientos sociales y políticos e incluso, en algunos países del continente, apuntalados por procesos políticos populares gubernamentales, que -como en la experiencia de Venezuela-, apuestan a construir desde abajo los derroteros alternativos hacia el futuro anhelado, enriquecido con la diversidad que ello contiene y proyecta. Pero no todos son rosas... Se abren también ámbitos de debates y reflexiones en torno al alcance revolucionario -o no- de políticas públicas desarrolladas por algunos gobiernos populares. Por ejemplo, en Brasil, en la lucha contra la pobreza; en Bolivia, en el reconocimiento de formas de vida (producción y reproducción) no asalariadas en las comunidades indígenas campesinas; en Venezuela, en el desarrollo de los consejos comunales urbanos y las apuestas al control social de la producción por parte de los trabajadores; en Cuba, en la marcada apertura hacia formas cooperativas de producción; en el enrumbamiento del proceso sociotransformador de Ecuador hacia una sociedad basada en el Buen Vivir, etcétera.

La interrogante instalada es: ¿Se trata realmente de un camino en transición mientras se van creando formas productivas y reproductivas alternativas, o es un camino de reciclaje del sistema a través de modelos que podrían, tal vez, caracterizarse como neodesarrollistas? La problemática que la genera es compleja y no se resuelve con un simple "sí" o "no", por ello considero interesante arrimar algunos elementos que pueden contribuir al análisis.

## Otra economía, movimientos sociales y gobiernos populares

Ciertamente, como señalan los especialistas en la materia, no existe hoy un modelo teórico que sintetice y proyecte la otra economía. Pero, ¿es necesario contar con "un modelo" para construir otra economía?, ¿cuál sería?, ¿de dónde surgiría?, ¿quiénes lo definirán y cómo?

Para algunos, contar con un modelo económico alternativo claramente definido y argumentado teóricamente es imprescindible. A partir de él, el desafío consistiría en "aplicarlo en cada país", tal como ocurrió en los tiempos del socialismo del siglo XX ("nacional en su forma e internacional en su contenido"). Consiguientemente, esta corriente de pensamiento económico considera que la ausencia de ese modelo teórico para la otra economía es la razón principal por la que no ha cuajado aun una vía alternativa de desarrollo en Indo-afro-latinoamérica.

Pero, ¿puede haber modelos de otra economía previos a las experiencias alternativas de construcción de nuevas modalidades productivas y reproductivas? Pensando las revoluciones en tanto procesos sociotransformadores desde abajo, desde los sujetos, sus luchas y apuestas, está claro que ese no es el problema, puesto que no puede existir una teoría acabada previa a las prácticas que la originen y sustenten. Como ya lo descubriera y planteara Marx hace más de siglo y medio, el quid de la cuestión radica en las prácticas concretas de los sujetos.

La educación popular lo comprendió (y practicó) así: lo nuevo anida en los sujetos y sus prácticas creadoras y es desde allí que hay que rescatarlo y conceptualizarlo. Esto convoca a los intelectuales de izquierda a quitarse las anteojeras dogmático-vanguardistas y asumirse como parte del sujeto indo-afro-latinoamericano popular colectivo y diverso, en proceso de creación-construcción de lo nuevo en su quehacer cotidiano. Allí anidan concepciones teóricas capaces de sentar principios para la construcción de otra economía, que -como señalé-, es importante rescatar, sistematizar y conceptualizar.

Pero esto no es claramente comprendido aún. Ubicándose siempre por fuera de la realidad que pretende transformar, la izquierda "marxista" no ha superado integralmente su característica predominante en el siglo XX: ser substancialmente ideológica, aglutinada alrededor de un cuerpo de ideas, a diferencia de otra izquierda, que podría definirse como nacionalista revolucionaria, más articulada con los líderes y los partidos o movimientos políticos, y enraizada en las

identidades políticas populares. ¿Qué tiene que ver esto con los actuales procesos de los gobiernos populares democrático revolucionarios? Pues bastante, pues es la carga político-cultural con la que cada actor político -y sus intelectuales- participan en este momento histórico. Esto abre otra área de contradicciones entre las vertientes de la izquierda que son parte de los procesos políticos que tienen lugar en el continente, y los nuevos sujetos que comparten el protagonismo y no pocas veces lo encabezan, como ocurre particularmente con los movimientos sociales.

Pese a las limitaciones mencionadas y otras que pudieran recordarse, no estamos en cero.

Las alternativas crecen y se multiplican día por día en las prácticas de sobrevivencia y búsqueda de nuevos horizontes productivos y reproductivos de los pueblos; en ellas conviven mezclada y contradictoriamente lo viejo y lo nuevo. Así son las búsquedas, así es el aprendizaje.

Los desafíos son múltiples, multidimensionales y yuxtapuestos. En lo que hace a la construcción-maduración definición de las alternativas económicas concretas, es importante profundizar las experiencias de sobrevivencia de las comunidades indígenas, de los movimientos sociales urbanos y rurales, como por ejemplo, el trueque, la economía solidaria, las fábricas recuperadas, etc., para -a partir de allí-, elaborar-ensayar propuestas económicas acordes con los principios del Buen vivir y convivir como bases para una nueva cosmovisión social, sustento de la construcción de una sociedad regida por la solidaridad, encarnando -aunque fragmentadamente- en las prácticas del presente, lo que un día constituirá la nueva racionalidad integral universal del bien común.


Sacudirse las anteojeras culturales (vanguardistas) propias de otros tiempos, otras problemáticas y otros sujetos, y desarrollar las capacidades necesarias para hacer frente a las nuevas situaciones y problemáticas y sus nuevos y viejos sujetos, conjugándolas con el impulso de la participación ciudadana militante por el cambio raizal de las sociedades en la definición, implementación y seguimiento crítico de las políticas públicas y el control popular del conjunto de la gestión estatal y gubernamental, resulta parte del corazón de las transformaciones político-sociales de la revolución democrática intercultural.

La construcción desde abajo de una nueva hegemonía, de un nuevo poder populares requiere conjugar (construir) subjetividades, conciencia, organización, participación y conducción políticas raizalmente diferentes de las modalidades y los

métodos de trabajo y organización propios del vanguardismo superestructural y jerárquico configurado en el siglo pasado. Un paso fundamental hacia ello radica tal vez en la comprensión de que la transformación no ocurre afuera de nosotros, sino que empieza o debe empezar en el interior de nosotros mismos para -desde allí- proyectarse.

La vieja lógica del todo o nada no contribuye a la lucha político-ideológica de estos tiempos; alimenta el sueño de transformar al mundo mediante el acto de la "toma del poder", pretendiendo concretarlo por la vía insurreccional o -ahora- por la mal llamada "vía electoral". No existe una "vía electoral" para la "toma del poder"; el tránsito democrático al nuevo mundo implica asumir transitar por un largo tiempo de disputas con la hegemonía del poder del capital en todas sus dimensiones, desplegando procesos democrático culturales de participación y empoderamiento colectivo desde abajo, que se propongan la erradicación-transformación de lo viejo en simultánea creación-construcción de lo nuevo, incluyendo a la economía, el desarrollo, la democracia y la participación.

Esto configura un campo de pulseadas sociopolíticas constantes que dan lugar a un prologado, contradictorio e ininterrumpido proceso de transición al nuevo mundo, que va cobrando forma en una concatenación contradictoria y discontinua de procesos sociales abiertos, protagonizados por actores vivos en disputa política, económica y cultural constante con los sectores del poder del capital globalmente hegemónicos, acorde con las situaciones histórico-concretas de cada momento.

En ellas adquiere un predominio central la disputa de las conciencias y la formación de nuevas subjetividades, encaminadas a la construcción de la fuerza social de liberación, actor colectivo de la revolución, capaz de ir luchando, creando y traccionando los procesos democráticos hacia objetivos civilizatorios superiores. 

## NOTAS

1. Significa que se ha adoptado una posición que busca rumbos y políticas concretas para la creación-construcción de un mundo diferente al actual, concretamente, se les llama altermundistas, a quienes afirman que "otro mundo es posible" y hacen todo lo que está a su alcance para lograrlo. Se trata de un mundo regido por lógicas de vida, encaminado al reencuentro de la humanidad con la naturaleza y consigo misma, en tanto se propone superar la lógica de las interrelaciones humanas basadas en la competencia individualista, apostando a la solidaridad y complementariedad.